

Cuando las olas no dejan ver el horizonte. A propósito de *Mar adentro*, de Alejandro Amenábar

María José Gil Bonmatí

Apenas dos semanas después del estreno —en las salas españolas al mismo tiempo que en un foro internacional cinematográfico de reconocido prestigio como el Festival de Venecia— de la película *Mar adentro*, de Alejandro Amenábar, basada en la conocida historia del tetrapléjico Ramón Sampedro y su petición a lo largo de los años de ejercer su derecho a elegir una vida/muerte digna, ha aparecido en los diarios nacionales la noticia de que, en una reciente reunión, el Comité de Médicos Europeos se ha manifestado en contra de la práctica de la eutanasia. Y lo ha hecho, según sigue diciendo el texto de la noticia, “justo cinco días antes de que el debate sobre la eutanasia vuelva al Congreso de los Diputados”.

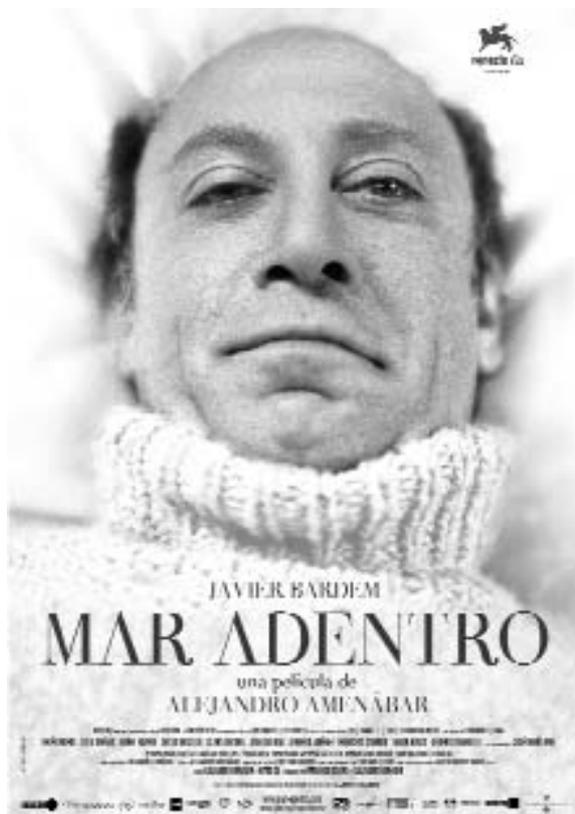
Puede que las dos cosas sean una coincidencia felizmente azarosa, pero es lícito, y debe permitirse-nos, que los espectadores y lectores de a pie pensemos —queramos pensar— que esa coincidencia venga forzada por la mano y la mirada de uno de nuestros más brillantes directores, por la capacidad de su discurso cinematográfico de convocarnos a una reflexión, a un debate común sobre una cuestión tan escabrosa como la de la consideración de qué sea una vida y/o muerte digna. Y quizás ni siquiera sea un pensamiento lícito, ‘justo, permitido según justicia y razón’ tal como dice el diccionario, pues ni cabe medir nuestro deseo con ningún tipo de justicia real ni nos asiste ningún tipo de razón para sustentarlo, pero no deja de ser comprensible que nos queramos dejar llevar por la sensación de que todavía haya películas, novelas, que consigan removernos lo suficiente

para que nos importe lo que dicen porque, a fin de cuentas, hablan de lo que nos importa (o se supone).

Sin embargo, más allá de esta ensoñación de habitante del mejor de los mundos posibles, una ensoñación, eso sí, que desde luego es tan hermosa como las que Bardem-Sampedro tiene en *Mar adentro*, pero destinada en nuestro caso a un despertar menos heroico, conviene reconocer que a los espectadores de hoy, al parecer, nos viene importando cada vez más que, se hable de lo que se hable, sea en definitiva de nosotros, de nuestro merecido reconocimiento por permanecer en la butaca, por ser capaces de emocionarnos, por dejar en suma que de algún modo “nos importe”. Aunque ese modo sea tan solo nuestra pequeña fantasía de poder salir de la sala sintiéndonos mejores.

Sin duda, Amenábar demuestra ser un maestro en el hecho de conocer y manejar a la perfección ese talón de Aquiles de nuestra sensibilidad y su gratificación. Porque ciertamente es tan difícil sustraerse a la belleza de las imágenes de *Mar adentro*, como imposible no emocionarse ante la dramática historia de su seductor protagonis-

ta. Baste mencionar ese vuelo del protagonista impulsado por un amor que da alas, o los dolientes y preciosistas planos cortos, tanto del filosófico Bardem-Sampedro como de la abogada enamorada que encarna Belén Rueda, por no hablar de ese viaje en ambulancia, emotivo en su propia simplicidad de ir mostrándonos, a través de los ojos de Sampedro, la belleza cotidiana de un hombre en bicicleta o unos perros apareán-



dose. Y todo ello acompañado de una música tan eficazmente dramática como, por ejemplo, el "Nessum dorma" de Turandot. ¿Cómo no querer sentirse reflejado, dejarse arrastrar y arrasar los ojos por tan sublime oleaje?

En definitiva, es tanta y tan premeditada la belleza formal, técnica y sentimental de este *Mar adentro* que cuesta distraerla para pensar que quizás todo ese oleaje no nos deje ver el horizonte. Sin embargo, antes de la marea de su mediático estreno, el horizonte que apuntaba *Mar adentro* prometía otra cosa, algo más parecido a una reflexión seria y/o profunda sobre el derecho a decidir sobre la propia vida cuando esta ha dejado de ser lo que entendemos por digna. Y puesto que es precisamente ese 'lo que entendemos' el meollo del asunto, eso es precisamente lo que esperaba ver de algún modo 'iluminado' en la película de Aménabar. Bien es verdad que para iluminar algo, para que se produzca ese efecto en la conciencia del espectador, hay que dejarle ver primero esas zonas de sombra que proyecta toda realidad, o al menos toda realidad

honestamente representada. Y *Mar adentro* ha querido ser, antes y por encima de todo, un –así lo llaman los críticos– 'drama luminoso', hecho de personajes luminosos y sentimientos refulgentes, en el que los que en algún momento podían no haberlo sido, o bien se nos escamotean, como en el caso de Manuela, la silenciosa cuñada que no eligió cuidar de Sampe dro, o bien se nos presentan de forma cómico-grotesca, como ocurre con el personaje de Pou, un cura también tetrapléjico que sí quiere vivir.

Ya dije que resulta muy difícil no dejarse cegar por esa luz que es, además, en manos de Aménabar, hay que reconocérselo, poderosamente brillante. Y quizás sea eso lo verdaderamente escabroso, que sea tan difícil que acabemos por pensar que el fondo del mar está siempre lleno de tesoros, como decían los cuentos, o que acabemos por confundir toda esa belleza con la dignidad. Porque de esos lujos puede que estén hechos los sueños de algunos, pero desde luego no la vida más o menos digna de todos.